

**Ilmo. Sr. Alcalde de Hospital de Órbigo,**

**Dignísima Corporación,**

**Reina de las fiestas, Damas, Pajes**

**Paisanos y amigos de Hospital y Puente.**

**Hace unas semanas, estando en la Universidad, recibí una llamada en el despacho. Miré el número y, antes de coger el auricular, aunque no lo identificaba, casi supe inmediatamente quién me llamaba. Se acercaban las fiestas de San Juan. Y aquellos dos dígitos que comienzan con 38 rápido me trajeron a la mente que me llamaba alguien de Hospital. En segundos lo identifiqué: era Enrique, el Alcalde de esta Villa, que eso es lo que es, no pueblo. Como pueblo nos identifican nuestros vecinos del contorno: Villamor, Villarejo, San Feliz, y, sobre todo, los de Veguellina. Me llamaba mi Alcalde. Rápido pensé en estas fiestas de San Juan y antes de que me formulara la pregunta, yo ya tenía la respuesta preparada. Seguro que tenía que ver con algo de las fiestas. Acepté inmediatamente dar este pregón. Y te lo agradezco de todo corazón, Enrique. Era volver a casa, a las raíces, a encontrarme con viejos amigos, parientes y conocidos. Era hacer un alto en el camino. A todos, por haberme invitado, muchísimas gracias.**

**En estos momentos duros, de una situación cambiante, de desconcierto financiero, de fluctuación de mercados, no es sencillo hilvanar unas palabras. Menos mal que eso es lo que me dice la cabeza, pero hoy vengo aquí a hablar con el corazón. A**

hablaros de corazón. Y por eso, no puedo por menos que recordar a los mineros leoneses que avanzan hacia Madrid; no olvido a los jóvenes parados del entorno que cuando hablo con ellos se me desgarran ese corazón.

Por eso, con ellos en la mente, comencé a cavar en mi memoria. Volví a Hospital. Y todo quedó claro. Era un regreso al lugar que me vio nacer; al sitio en el que descansan mis padres, Tomás y Conchita. Era repetir un ritual que hace años que hice y que hoy remozaría. He bajado, desde mi casa, esa Puente del Passo Honroso, reciente y bellamente restaurada. Y cada piedra, cada chopo, ha traído a mi cabeza recuerdos. Esa puente que tantas veces bajé para ir a casa del tío Polo y de la tía Mercedes, para acercarme a casa de los primos, José Antonio y Carmina. Allí siempre caía algo. Eran ya tiempos en los que la abuela Concha, primero, y poco después el abuelo Ángel ya se habían ido.

Hoy, al volveros a ver, tengo un pensamiento, y quiero que vosotros lo tengáis conmigo, para aquellos que durante muchos años celebraron estas fiestas con nosotros. Abrir la mente y dejar fluir el corazón. Todos ellos están hoy aquí desde dondequiera que puedan hallarse.

La Villa de Hospital tiene un pasado de gloria del que debemos sentirnos orgullosos. Fue lugar de paso obligado entre la capital militar en donde se encontraban las tropas de la Legio VII (León) y la capital administrativa de Astúrica Augusta, la bimilenaria Astorga. Aquí, en el lejanísimo año de 456 libraron fuerte batalla las tropas de Teodorico y Requiario. Por aquí pasó Almanzor y atravesó el viejo puente cuando transportaba las

campanas requisadas en Santiago de Compostela, de camino hacia Córdoba. Aquí conservamos en nuestro nombre las esencias de nuestra fundación por la Hospitalaria Orden de San Juan de Jerusalem. Aquí tuvieron lugar las celebradas Justas de D. Suero de Quiñones, que con tanto acierto conmemoramos cada año. Aquellas Justas especie de juegos olímpicos, en el lejano medievo. Un torneo que hoy llamaríamos juegos olímpicos. Ojalá que hoy también la fuerza de D. Suero le llegue a la Roja en ese partido con nuestros vecinos franceses que ahora mismo estamos librando. Ojalá que hoy, sólo que en lo deportivo, nos pase como en el siglo XIX, cuando los habitantes de Hospital destruyeron los dos extremos del puente para impedir el paso a las tropas de Napoleón. Leña dieron a los franceses, hoy ya veremos, y al día siguiente hicieron lo mismo con las tropas inglesas que habían acudido en su auxilio, llamados por el Marqués de Astorga, cuya magnífica biblioteca hoy se encuentra desgraciadamente fuera de España y a la que he dedicado atención en mis investigaciones.

De aquí, amigos míos, han salido grandes hombres. Lo mismo que vosotros, como Fray Juan Antonio de Órbigo y Gallego, de la Orden de San Francisco, Arzobispo de Manila, que nos dejó su sello en ese monumental retablo de la iglesia capitular de Hospital de Orbigo y que año tras año adornáis grandemente para nuestra fiesta. Y su huella se aprecia en esas bellísimas sedas con las que se confeccionaron casullas, dalmáticas y el imponente palio que mañana volverá a procesionar como siempre por las calles de Hospital para dar cobijo, rendir honores y manifestar pleitesía con olor de rosas a la custodia.

**Aquí, en el año 1890 don Francisco y don Pedro Blanco de Sierra Pambley fundaron la Escuela de Ampliación de Instrucción Primaria y de Agricultura. En ella se formaron muchos de nuestros antepasados: nuestros padres y abuelos. Desde aquí enviamos a la silla arzobispal de Granada al Dr. Santos Olivera que en tiempos de soberana crisis y hambruna, pues corrían los tiempos de la postguerra, hizo el ruego al Ministro de Hacienda de que el aumento en los sueldos no sólo se detuviera en los militares y cuerpos afines sino que también alcanzase a los maestros y otras clases humildes. La contestación que se le dio fue que no era posible y, como él insistiese, la respuesta del ministro fue: «Si esto se hace España se hunde». A lo que el arzobispo contestó valientemente: «Pues si España se hunde, que se hunda para todos y no para unos sí y para otros no. Como veis, la historia se repite. Es lo mismo que nos pasa ahora. De esta villa salió Justo Vega, hijo de D. Manolo, que llegó a sentarse en el Ayuntamiento de León como primer edil y aún en la Organización Mundial de la Salud. De aquí han salido el Dr. José Luis Santos Díez, canónigo y Catedrático de Derecho Canónico en las Universidades de Granada, primero y Complutense, después; o el Dr. Pedro Antonio Fuertes Olivera, Catedrático de la Universidad de Valladolid y en su día pregonero de estas fiestas.**

**Hospital de Orbigo tiene distinción. De sus ilustres casas han salido grandes hombres que han embellecido la historia de España. De este remanso del Orbigo ha hablado el mismísimo Cervantes al referirse a D. Suero. En las pilastras de la Puente del Passo Honroso y en nuestro entorno descansan hasta la noche de los tiempos, romanos, árabes, franceses, ingleses. Mis compañeros**

arqueólogos se acercan a estudiar los yacimientos, desde la presa de Aben Cerraj, que todos conocemos como Cerrajera, o por donde pasa el Camino francés, donde muchos tenéis fincas, en donde esperan la última morada peregrinos de camino a Compostela, hacia el *Finis Terrae*, que entonces se decía.

De nosotros ha hablado D. Mariano Domínguez Berrueta; o Luis Alonso Luengo, cronista de esta villa, que plasmó de forma magistral en su novela *La invisible prisión* un retrato costumbrista de Hospital, de sus paisajes, de sus gentes; de cómo por debajo de la historia hemos venido trabajado, reído, rezado y también llorado.

De todo eso nosotros sabemos mucho y bien. De cuando nos bañábamos en el Patacal, o cuando sin ninguna licencia de pesca íbamos a cangrejos, hoy ya desaparecidos, y sustituidos por esos canadienses que ya sólo tienen cabeza, barbacana arriba y abajo. Los partidos de fútbol en la Vega. De nuestra historia reciente, conocemos de privaciones, de los trabajos del campo, que se fueron suavizando cuando las aguas del Luna comenzaron a regar estos entornos. De quienes acudían a la Pajillera con un jornal que poco más les daba para vivir. O de la mujer ribera que se desplazaba como mejor podía a la Linera que todavía se mantiene en pie como monumento silencioso de aquellas mujeres heroicas.

Tiempos después vinieron las fábricas de la Lechería, hoy conocida como Kraft, o Nanta, tristemente desaparecida. Y en el entorno muchos de nuestros familiares, incluido mi hermano Carlos, trabajaron con esfuerzo, desplazándose en bicicleta, a la Azucarera de Veguellina, hoy cerrada.

**Esta historia reciente se quedará reflejada en ese Homenaje que a continuación vamos a tributar a nuestros Mayores. A esos que esforzadamente, en silencio, fueron labrando nuestras vidas. Sois nuestras mejores credenciales. Sois el espejo en que nos debemos mirar. Habéis sido ejemplo para todos. En vosotros están nuestras raíces. Esas raíces que los artistas más recientes, más vivos y más dinámicos nos plasman en sus obras, como Santiago Cuesta Delgado.**

**Mañana, nos recorrerá un hilillo de orgullo por todo lo que hoy aquí hemos dicho. Los nuevos tiempos quizá nos dan otras diversiones diferentes. Los niños ya no compran los merengues de Casa Cutis o los chuches de la Felipa. Los mayores puede que todavía recordemos aquella asadurilla picantona que al calor del vino tomábamos en casa Cantón, en el Bar Fuertes, en el Moderno de mi tío Angelín, en casa Pequenín, o en el Avenida de mis primos Alfredo y Consuelo. Luego vino la expansión turística, y de aquellos años fuimos ampliando espacio llegando al bar de Pedrito en la Vega, de la Pista del antiguo Alcalde, hoy ya desaparecido Pepe Pinche, el D. Suero, Jabel, la Piscifactoría, los Angeles, Perrona y la Encomienda. Buenos sitios para regustarnos de la trucha del Orbigo y de platos más fuertes que han hecho de todos hombres recios y elegantes y mujeres guapas y bellas como las que hoy hemos coronado, acompañadas de esos niños que son la promesa de futuro.**

**No debo extenderme más. Os deseo unas felices fiestas. Que nuestro San Juan, del que llevo su nombre, por voluntad de aquel gran eclesiástico que fue D. Juan Nistal, nos ayude a todos en estos**

**tiempos difíciles, llenos de estrechuras, pero repletos de anhelos y esperanzas. Hoy hacemos un alto en el camino, para que a raudales nos llenemos de alegría. Y nunca olvidéis que a nuestro modo y manera somos una especie particular de hidalgos. Por eso quiero terminar con unas palabras que, como os decía al principio, me salen del corazón y del alma. Están extraídas del Himno a León, pero que yo hoy dedico de forma particular y sentida a esta ilustre villa de Hospital de Orbigo:**

**Tierra hidalga, tierra mía:  
estrofas del romancero,  
desde Guzmán a don Suero,  
va tremolando el honor.**

**Con su sangre a torrentes vertida  
dio a la Patriapreciado blasón  
y en sus labios cobró vida  
el hermoso lenguaje español.**

**Gloria a ti, pueblo sin par;  
a mi labio el corazón  
se asoma para gritar:**

**¡Viva León! ¡Viva León!**

**Muchas gracias. Felices fiestas!**

**Hospital de Orbigo, 23 de junio de 2012**

**Prof. Dr. Juan Lanero Fernández**

**Director del Instituto Confucio de la Universidad de León**